

## Pasen y vean

### Prólogo

Este libro ha nacido, como casi todo en la vida, del azar. César Vallejo y Ángela Gallardo, los creadores de la estupenda serie *Pacto de silencio*, un documental de RTVE sobre el juicio por la desaparición del Nani, se pusieron en contacto conmigo para entrevistarme, porque yo había cubierto parte de la vista para *El País* haciendo crónicas de ambiente. Dije que sí, pero que, con mi malísima memoria, no me acordaba de casi nada. Así que me mandaron la copia de mis textos. Me interesaron como si no fueran míos: eran un inquietante espejo de un tiempo remoto. Aquel juicio se celebró en 1988 y fue la primera vez que España fue capaz de sentar a las alcantarillas policiales en el banquillo. El Nani fue un delincuente común de poca monta de veintinueve años que se juntó con malas compañías. Pero lo grave fue que estos indeseables eran inspectores de policía; así que lo detuvieron, lo metieron en la Dirección General de Seguridad, en Sol, el edificio del reloj que hoy es sede de la Comunidad de Madrid, y a partir de ahí su rastro se perdió para siempre. Se supone que a los malos se les fue la mano en las torturas; su cadáver nunca ha aparecido. La sentencia que condenó al comisario y a otros inspectores a más de veinti-

nueve años de cárcel por ser policías corruptos y torturadores fue un hito formidable en el camino de la democratización de España. Y todo eso se atisba en las crónicas. Ese hedor de cloacas que se me había olvidado. «Deberías publicarla», me dijo César. Y me quedé pensando.

Empecé a recordar otros trabajos de la época. Reportajes de aquellos tiempos intensos y tumultuosos. Conseguí rescatar no todos, pero sí varios de aquellos textos, y a medida que los leía me iba quedando pasmada. Eran ventanas a un mundo imposible, a realidades que parecían tan remotas como exoplanetas. Las crónicas aquí reunidas van desde 1978 hasta 1988. Una década esencial en la construcción y modernización de este país. Reflejan una España turbulenta y caleidoscópica que intentaba encontrar su lugar en el mundo, con un Estado débil, un paro que se multiplicaba cada año, unas instituciones obsoletas, un terrorismo brutal (ETA asesinó a sesenta y siete personas en 1978, a ochenta en 1979, a noventa y siete en 1980...), una *epidemia* de heroinómanos que se había convertido en un riesgo para la seguridad ciudadana (las calles eran de verdad peligrosas) y con todos los restos del franquismo y del subdesarrollo aflorando como icebergs en un mar de tormentas. Ni que decir tiene que todos los trabajos se publicaron en *El País*, un gran diario que ha sido y sigue siendo mi casa periodística, el medio en el que he trabajado casi toda mi vida, y que además fue, en aquella década, una de las más importantes fuerzas democratizado-

ras de este país.

Los textos están ordenados de forma cronológica. No es la presentación literariamente más equilibrada ni la más atractiva, pero creo que es la más verdadera, la que nos comunica mejor el ritmo de la década. He incluido dos reportajes internacionales porque creo que ambos nos proporcionan una información de algún modo relevante para España. El primero lo hice en el vigésimo aniversario del asesinato de John Kennedy, un presidente que por entonces constituía una referencia mítica, tanto en su vida como en su muerte; y es curioso comprobar la idea que teníamos entonces del imperio norteamericano, en nuestra ignorancia de todo lo que vendría después. En cuanto al segundo, viajé a India y Nepal a raíz de que un niño granadino, Osel, fuera designado por los budistas como la reencarnación de un lama tibetano. Osel, que tenía dos años, se trasladó junto con su familia a vivir a un monasterio cerca de Katmandú. La historia hizo correr ríos de tinta en nuestro país, por lo peculiar y exótico de ese súbito salto de las Alpujarras al Himalaya.

Todos los reportajes aparecen tal cual salieron en su momento, sin más retoques que la corrección de algunos errores y de las erratas, muy abundantes en esa época analógica, pero sobre ellos ha caído la vertiginosa y alucinante pátina del tiempo: los textos tienen entre cuarenta y cinco y treinta y cinco años. Ha pasado toda una vida. Ha pasado toda mi vida. La grandeza del periodismo es que se escribe so-

bre la inmediatez de lo experimentado, atrapa el aleteo de los segundos como quien clava mariposas en un corcho. Y lo que vemos es un mundo económicamente pobre, carente de muchos derechos elementales, sin teléfonos móviles, sin ordenadores, sin internet. Percibo, en la elección de muchos de los temas, mi gusto por lo lumpen y lo canalla, porque siempre he creído que es ahí, en las oscuras trastiendas de la sociedad, donde la vida se manifiesta con menos maquillajes, más pura, más auténtica, tanto en lo malo como en lo bueno. Y hay mucho bueno en este libro, dicho sea de paso. Como los luchadores del Campo del Gas o los artistas del Teatro Chino de Manolita Chen. Oh, con qué cariño y admiración los recordé, al releer los reportajes.

Por otra parte, muchos de los trabajos parecen cuentos. Están escritos con las mismas técnicas narrativas con las que se escribe un relato, como, por ejemplo, la reconstrucción de la matanza de los abogados de Atocha (otro hito, este atroz, de la Transición), que podría ser un capítulo de una novela negra. Esta técnica narrativa aplicada al periodismo supone un esfuerzo descomunal, porque no puedes inventarte nada. Los pequeños detalles que introduces dando carne y color tienen que salir de alguna fuente: de declaraciones de testigos, de los atestados policiales. Si sugieres una hipótesis, por muy razonable que sea, conviene que lo avises: «quizá...», «supongamos que...». No hay que dejarse llevar por la imaginación. El texto

más redondo no es el mejor, periodísticamente hablando, si lo que cuentas no está documentado.

Estas crónicas nos trasladan a territorios remotos. Hay otros mundos, pero están en éste, como decía Éluard. En ocasiones resultan tan insólitas, tan alucinantes, que me siento un poco como esas presentadoras de las antiguas ferias que se desgañitaban anunciando los gabinetes de curiosidades: el Hombre Serpiente, la Mujer Barbuda... Aquí estoy, en efecto, plantada ante la puerta. Y simplemente digo: pasen y vean.

ROSA MONTERO